

del patio, la caza de Meleagro y los bustos de Antonino, de Adriano, de Marco Aurelio, de Severo, de Verus y de Cómodo. En el primer salon figuran dos retratos pintados por David y Vandyck, y el San Buenaventura del Tintoretó. En otra pieza dividida en tres departamentos, se vé una primera bóveda pintada al fresco, y una segunda en claro oscuro por el Dominiquino; estas obras, del mejor gusto, son dignas del pintor de "San Gerónimo."

Atravesando el Tiber por el Puente-Sixto, llegamos al palacio "Corsini," obra capital del arquitecto Fuga. Aquí se encuentran tesoros de arte y de literatura; pero aquí, como en otras partes, se deplora el sensualismo pagano que deshonra al renacimiento y que os hace bajar los ojos. En la galería, precedida por dos antecámaras adornadas con bajos relievés antiguos, se vé uno detenido desde luego ante el sublime "Ecce Homo" del Guerichino; despues la admisión es sucesivamente solicitada por la "Presentación al Templo," de Paulo Veronés, y por la "Salida del Sol," de Berghem. Vienen en seguida los retratos de "Julio II," de Rafael; de "Felipe II," del Ticiano; el "Conejo," de Alberto Durer; la "Vida del soldado" en doce cuadros, de Callot; la "Anunciación," de Miguel Angel; la "Herodías," del Guido; "dos Cardenales," del Dominiquino; "una Virgen," de Murillo; una "Caza de tigres," de Rubens; la "Crucifixión de San Pedro," del Guido, y muchas otras obras á las que nada falta, sino solo la inspiración verdaderamente cristiana y el casto reflejo de la belleza sobrenatural.

La biblioteca es rica, sobre todo en manuscritos y en ediciones del siglo XV; la colección de las estampas ocupa el primer lugar, en cuanto á numerosa y selecta. Una vila deliciosa toca al palacio y se extiende sobre la pendiente rápida del Janículo; desde su Casino, colocado en la cima, la

vista de Roma es completa. Aquí fué donde se colocó Vassari, para trazar su plano de la ciudad, y parece que Marcial designaba el mismo punto de vista, cuando cantaba: "Hinc septem dominos videre montes et totam licet æstimare Romam." Desde aquí se ven las siete colinas dominantes, y se puede abrazar con la vista á toda Roma.

En frente del palacio Corsini está la "Farnesina." Esta quinta fué edificada por el famoso Agustin Chigi, banquero de Leon X, y participa de la suntuosidad de su dueño y del gusto de éste por las artes. Las bóvedas de los salones están adornadas con pinturas muy poco edificantes, de Rafael y de sus discípulos.

Al entrar de nuevo á la ciudad, quisimos visitar como aficionados, la bella iglesia de San Andrés "della Valle," que habíamos ya frecuentado muchas veces como cristianos. Se levanta sobre las ruinas del escenario del teatro de Pompeyo y atrae la atención, ya por su majestuosa fachada de travertino, adornada con dos hileras de columnas de orden corintio y compuesto y enriquecida con estatuas de gran precio; ya por su cúpula, una de las más elevadas y anchas que hay en Roma. Las pinturas que la adornan, pasan por una de las mejores obras de Lanfranc. Los cuatro evangelistas que se ven en las pechinas de la cúpula y las pinturas de la bóveda del coro, representan diversos rasgos de la vida de San Andrés, y son obras clásicas del Dominiquino. Entre las capillas laterales, es notable sobre todo la primera de la derecha, á la entrada, que está revestida toda de mármoles raros, y adornada con estatuas, con ocho columnas de verde antiguo I y con un bajo relieve colocado sobre el altar, esculpido por Antonio Raggi.

I Mármol negro y verde, vetado de blanco, que ha venido á ser muy raro. También se llama mármol de Egipto. Continuaré llamándole verde antiguo.—N. del T.

Lo que hemos visto en San Andrés "della Valle," en Santa María "de la Paz," se vuelve á encontrar, con algunas variaciones, en casi todas las iglesias de Roma. Por todas partes han buscado las artes un abrigo protector en la sombra de los santuarios del catolicismo; el reconocimiento y el instinto mismo de la conservación les obligaban á ello. Se sabe ¡ay! lo que han llegado á ser y lo que han hecho, cuando olvidando su origen y su misión, han abandonado el asilo paternal y han buscado fortuna en otra parte. Al pintar la historia del Hijo pródigo, han escrito su propia historia.

26 DE ENERO.

Palacio Farnesio.—Fuentes.—Pórtico.—Esculturas.—Pinturas.—Triunfo de los Romanos.—Descripción del triunfo de Tito.—Itinerario de los triunfadores.—Fin del triunfo.—Reflexiones.

Roma habia celebrado ayer la Conversión de San Pablo. El recuerdo del sublime prisionero de Jesucristo, recorriendo la ciudad de Neron, encadenado por el brazo al pretoriano encargado de guardarlo, nos dió la idea de reconocer y de seguir la marcha de los triunfadores que llevaban al Capitolio á pueblos esclavos atados á sus carros, y de ver lo que era el mundo en el momento en que los predicadores del Evangelio se dejaban cargar de cadenas para romper las de ese mismo mundo. Esto nos ofrecia aquel dia un interés particular. Agregad que acabábamos el estudio de Roma pagana; ¿podíamos darle mejor término, que describiendo un espectáculo en el cual se resume toda entera? De paso, pagamos al palacio Farnesio nuestra última deuda artística.

Con su plaza, dispuesta para él y adornada con dos abundantes fuentes, cuyas

tazas de granito egipcio halladas en las Ternas de Caracalla, son las más amplias que se conocen; I con sus calles laterales y regulares, el palacio Farnesio es el más bello palacio de Roma. Todos los conocedores lo admiran como el verdadero tipo de la arquitectura romana, diferente por su gusto puro y vigoroso, de la rudeza florentina y de la arquitectura de aparato de los palacios de Nápoles y de Génova. Fué comenzado por Paulo III de la casa Farnesio, siendo todavía cardenal, y acabado por su sobrino el cardenal Alejaudro. Tres arquitectos de primer orden trabajaron en esta obra maestra: Antonio San-Gallo hizo el plano y levantó las fachadas exteriores; el primer piso del patio es de Vignola, y Miguel Angel vino á coronar el edificio con su majestuoso entablonado. El travertino del patio proviene de piedras caídas del Coliseo, el cual no fué demolido por Paulo III, como se ha pretendido injustamente, para edificar el palacio, puesto que este Pontífice se mostró muy celoso siempre por la conservación de los antiguos monumentos. ¿No es sabido que uno de sus primeros actos fué crear al sabio Latino Juvenal Manneto, comisario general de las antigüedades de Roma, con poderes muy extensos? Desde las obras de los Romanos, nada se ha construido más perfecto que este patio; aun puede rivalizar, por la majestad de sus proporciones y la excelencia del trabajo, con los primeros monumentos del pueblo rey. El palacio pertenece hoy á la casa real de Nápoles, que ha llegado á ser la heredera de la familia Farnesio.

Del pórtico que mira á la plaza, se entra á un magnífico vestíbulo adornado con doce columnas de granito egipcio. Allí se encuentra el gran sarcófago de mármol, de Cecilia Mettella, mujer de Craso, cuyo

I Tienen diez y seis piés de diámetro y seis piés de profundidad.

mausoleo veremos en la vía Apiana. El Hércules Farnesio, el grupo de Dirce y las otras obras maestras de estatuaria antigua, de que estaba lleno aquel palacio, han sido trasportadas á Nápoles. Una vasta escalera de mármol conduce á la galería pintada por Anibal Carracci, ayudado de Agustin su hermano, y de muchos de sus discípulos. Los frescos, de que están adornadas las bóvedas, pasan á los ojos de los artistas mundanos por tener un gran mérito; representan, con el gusto del renacimiento, las divinidades y los hechos de la Mitología pagana. Esto es decir que el pintor cristiano se guardará de alabarlos, sin hacer amplias y muy justas reservas.

Del palacio Farnesio nos dirigimos hacia el puente Sant-Angelo y el cuartel del Vaticano. Más allá del muelle de Adriano, entre el Monte-Márió, el Vaticano y la ciudad, se extendía el territorio del Triunfo, "Territorium triumphale," cuyo centro está ocupado en nuestros días por la iglesia de Santa María "Traspontina" y por la isla de casas que la rodea. Esta llanura, tan famosa en la historia del orgullo de la vieja Roma y de las humillaciones del género humano, estaba destinada á los preparativos de la pompa triunfal. Siempre que algun general llevaba á las puertas de la ciudad sus legiones victoriosas, se reunía el Senado para deliberar si merecía los honores del triunfo. Para juzgarle digno de ellos, era preciso haber tomado ciudades por asalto, haber ganado batallas peligrosas, haber hecho un cierto número de prisioneros, haber aumentado el territorio de la república, no haber sufrido derrota en la campaña, haber sacado todo el partido posible de la victoria y "haber matado, por lo ménos, cinco mil enemigos." 1

El pretendiente debía anunciar sus vic-

1 Valer. Max., II, 8, 1.

torias al Senado por medio de una carta cubierta con laureles; él mismo iba á defender su causa ante los padres conscriptos, si al tiempo de su vuelta no estaba todavía decidida la cuestion. Para oírle y deliberar, se trasladaban los senadores á un templo fuera de la ciudad, porque ningún candidato podia entrar á Roma, ni pasar el recinto del Pomærium, sin perder al punto todos sus derechos al triunfo; tan celosa así se mostraba de su independencia la orgullosa ciudad. 1 Si la demanda era admitida, se comenzaban á dar las disposiciones del espectáculo más tristemente magnífico que se presentó alguna vez á la vista de los hombres.

Con el fin de asistir á él, abrimos al historiador Josefo, que teníamos á la mano. Como testigo ocular, refiere en estos términos el triunfo de Tito, arrastrando en su carro á la Judea cautiva. No quiero emprender el trabajo de expresar la impresion producida por esta lectura, cuando se está en los lugares mismos en donde se vinieron á consumir los espantosos castigos anunciados por los profetas al pueblo deicida. Todo aquel que quiera sentirla en su plenitud, debe ir á Roma y debe hacer lo que nosotros hicimos. Además, al leer la descripción del triunfo de Tito, se puede juzgar de todos los otros; había el mismo orden, la mismas ceremonias, la misma multitud, la misma embriaguez por una parte; y por otra, las mismas lágrimas, el mismo fin, la esclavitud y la muerte.

"Mucho tiempo antes de la aurora, la ciudad entera se ponía en movimiento, las calles estaban surcadas en todos sentidos por masas de pueblo, que exclamaba: "¡Yo triumphe! ¡Yo triumphe!" Al despuntar el día, todas las legiones, sin armas, vestidas con túnicas de seda y coronadas con laureles, se acercaron en buen orden á las

1 Suet., Cæs., 18.

puertas de la ciudad; se les dió un espléndido banquete por Vespasiano y por Tito, segun la costumbre de los triunfadores. Los dos príncipes mismos, despues de haber presidido el Senado en el pórtico de Octavia y de haber recibido las felicitaciones de todo el mundo, se trasladaron á la puerta triunfal; allí comieron, ofrecieron un sacrificio á los dioses y se revistieron con los ornamentos del triunfo; se puso en marcha el cortejo. En él se veía reinar ese buen gusto que sabe dar valor á las cosas por su disposicion sencilla, y que omite el cansancio y el fastidio, usando del orden que establece en medio de la profusion.

"A la cabeza apareció una cantidad prodigiosa de obras exquisitas de oro, de plata y de marfil, con telas y vestidos de púrpura, realzados con diversos colores, á la manera de los Babilonios.

"Venian en seguida las piedras preciosas, en número incalculable; unas, engastadas en círculos de oro, formaban brillantes coronas; otras, dispuestas con arte en ricas telas, encantaban la vista por su brillo y variedad; parecían pasar delante de los ojos, no como una representacion teatral, sino como las olas de un abundante rio. Todos estos objetos eran llevados por legionarios vestidos con túnicas de púrpura bordadas de oro.

"En tercer lugar aparecian las estatuas de los dioses, de oro, de plata, de bronce y de marfil; se las contaba por centenares, y todas eran de un trabajo exquisito y de maravilloso tamaño.

"Despues de los dioses, se adelantaba todo un ejército de animales de diferentes clases, de los cuales unos, tales como los elefantes y los dromedarios, estaban cubiertos con magníficos adornos.

"Despues de ellos marchaba tristemente la inmensa muchedumbre de los prisioneros, con un aire sombrío y la cabeza ba-

ja, ocultando á los espectadores, bajo vestidos prestados, las cadenas que sujetaban sus manos.

"Bien pronto las miradas se dirigieron con admiracion sobre los simulacros de las ciudades conquistadas. Eran tales sus dimensiones, que podia temerse ver caer bajo su peso á los numerosos soldados que los sostenian en sus espaldas. Todas las facces en cuadros de oro ó marfil, y cubiertas con ricas telas, estaban adornadas con pinturas que representaban al vivo las batallas, las desolaciones de los campos, las destrucciones de murallas, el incendio de los edificios, y sobre todo el horrible saqueo de Jerusalem, con todos los aspectos atroces de aquella guerra de exterminio.

"Seguian los despojos ópimos, cuyo número y cuya riqueza no pueden estimarse. Se veian en primer rango veinticinco estatuas de bronce, representando á Abraham, á Sara y á los reyes de la familia de David; venian en seguida los objetos sagrados tomados en el templo de Jerusalem, llevados en ricas parihuelas por legionarios coronados de laureles y magníficamente vestidos. Estos objetos eran, entre otros, la Mesa de los Panes de Proposicion, de oro macizo, que pesaba muchos talentos; las trompetas del Jubileo, los velos del templo y el candelero de oro de siete brazos. La ley de los Judíos, llevada en una magnífica parihuela, era la última en el orden de los despojos, y cerraba el cortejo.

"Inmediatamente despues marchaba, encadenado y vestido de negro, el jefe principal de los Judíos durante el sitio de Jerusalem; éste era Simon, hijo de Gioras. Estaba destinado al suplicio, segun costumbre, despues de haber adornado el triunfo de los vencedores.

"Las estatuas de la Victoria, de marfil y de oro, precedian á los dos carros dorados de los triunfadores. El primero estaba ocupado por Vespasiano; el segundo por

Tito. En opinión de los romanos, fieles en dar un carácter religioso á sus fiestas, el vencedor, en el día del triunfo, representaba á Júpiter; él era el Dios de la tierra. En consecuencia, llevaba la túnica del rey del Olimpo y se teñía el cuerpo con vermellon, porque con este color se iluminaba el rostro de Júpiter Capitolino; el tiro del carro, casi siempre compuesto de cuatro caballos blancos, era un tiro sagrado, reservado al señor de los dioses, y del que nadie se podía servir sino en virtud de un decreto del Senado. 1 Tito estaba en pié en su carro, con el rostro y los brazos iluminados de vermellon, vestido con una túnica de púrpura bordada de palmas de oro; los brazos adornados con brázaletes militares y la cabeza ceñida con una corona de laurel. Con una mano tenia una palma igualmente de laurel, y con la otra un cetro de marfil coronado con una águila. En una palabra, tenia un traje parecido al de Júpiter, "muy bueno y muy grande," y que conservado en el Capitolio, servia hacia muchos siglos para adornar á todos los triunfadores á quienes Roma habia visto llevarla el tributo de sus glorias, pues ningun ciudadano poseia semejante traje en propiedad. 2 Su carro de marfil y de bronce dorado, realzado con pedrería, era redondo enteramente, abierto por la parte de atras y tirado por cuatro magníficos caballos blancos por delante, que llevaban una rama de laurel á un lado de la cabeza. Ciudadanos coronados de olivo, vestidos de togas blancas, marchaban á pié cerca de los caballos que ellos llevaban con riendas doradas. Detrás del triunfador, en la escalera del carro, estaba el esclavo encargado de repetirle: "César, acuérdate que eres hombre." "César, hominem

1 Tit. Liv., X, 7; Plin., lib. V, 23; Plutarch., in Camill., 14.—Hemos completado la relacion de Josefo con diversos pormenores tomados de los autores paganos.

2 Jul. Capitol., in Gordian., 4.

te esse memento." Al lado de Tito marchaba Domiciano su hermano, magníficamente vestido y montado en un caballo de brillante belleza." 1

"El ejército seguia al carro y hacia resonar los aires con los cantos de victoria mezclados con algunos rasgos satíricos contra su general. Millares de espectadores ávidos obstruian las calles, las plazas, los pórticos, los forum, todos los lugares por donde debia pasar la comitiva, y mezclaban sus ruidosas aclamaciones con las de los soldados.

"Seguimos el itinerario del cortejo desde el "Territorium Triumphale" hasta el Capitolio. Entró á la ciudad por la puerta Triunfal, situada en los bordes del Tiber, en el lugar mismo ocupado en nuestros dias por el "Hospital del Espíritu Santo." Despues de haber pasado el puente, llegó al extremo del campo de Flora, en donde se encuentra la iglesia de San Angel "in Piscina." De allí, describiendo una ligera curva, siguió el Velabro, atravesó el "Forum Boarium," tomó á lo largo el "Gran Circo," volteó á la izquierda por las "Curias veteres," entre el Célio y el Palatino, bajó la vía Sacra y llegó al Forum Romano, que recorrió en toda su longitud; luego, tomando á la izquierda el "Clivus Capitolinus," subió al Capitolio, en donde acabó la marcha.

"En el momento en que el carro dejó el Forum para subir á la temible montaña, todo el cortejo se detuvo, se guardó un gran silencio y todas las miradas se fijaron en Simon. Los lictores le hicieron salir de entre las filas y le arrastraron hácia la derecha del Forum, en donde fué azotado con varas; luego, ya todo cubierto de sangre, se le precipitó á la horrible prision Mamertina, á donde le esperaba la muerte. Cuando hubo dejado de existir, los

1 Josefo de Bello Jud., lib. VII, c. 17, 18, 19, 20; Grævius, Thesaur Ant. Rom., t. IX, p. 1361.

"confectores" le pasaron una cuerda por el cuello, arrastraron su cadáver á las gradas de las Gemonias, y le arrojaron al Tiber.

"Durante la ejecucion, Tito se adelantaba lentamente hácia el templo de Júpiter. Como ya era casi noche, los esclavos condujeron cuarenta elefantes cargados con candelabros, y el cortejo acabó su marcha al resplandor de mil antorchas. Al llegar á la plataforma, bajó el triunfador de su carro, y siguiendo la antigua costumbre, subió de rodillas las gradas del templo. 1 Entró al soberbio edificio, cuyas puertas estaban adornadas con armas de los vencidos, y esperó que le fuesen á anunciar que Simon y los otros cautivos habian cesado de vivir. Bien pronto apareció un licitor que pronunció la palabra fatal, acostumbrada en esas circunstancias: "Actum est." "Se acabó." A esta palabra toda la asamblea hizo resonar el templo con sus aplausos, y Tito penetró al santuario de Júpiter, en donde pronunció en alta voz la siguiente oracion: "Júpiter muy bueno y muy grande, oh Juno, reina de las inmortales, y vosotros todos, dioses y diosas, habitantes y guardianes de este templo, yo os doy gracias con la más viva alegría porque habeis querido permitir que hoy á esta hora se conservase la república romana y se aumentase su prosperidad en mis manos; dignaos, os suplico, que sigais siéndole propicios protegiéndola y velando por su conservacion." 2

"Entonces se acercó á la estatua de Júpiter, en cuyas rodillas depositó una rama de laurel; luego, quitándose su corona, la dedicó al dios con una parte de su botin. Los sacrificadores llevaron las víctimas; Tito inmoló por sí mismo un buey, los sacerdotes acabaron los sacrificios, y se terminó el dia con el espléndido banquete

1 Dio., lib. XLIII, p. 254; Suet in Cæs., 37.

2 Blond. Flav., Rom. Triumph., X, p. 216.

que los triunfadores dieron, segun costumbre, al Senado y á sus amigos, en el Capitolio, bajo los pórticos mismos del templo.

"Por su parte, el pueblo se retiró á sus casas para entregarse á la embriaguez de la alegría; porque en los dias de triunfo, Roma entera estaba de fiesta y nadie habia que dejara de tener un festin preparado en su casa. 1 El triunfador, ó más bien las naciones vencidas y despojadas, hacian los gastos. Josefo no nos ha dicho cuáles fueron las liberalidades de Tito. Para suplir á su silencio, vamos á dar á conocer los presentes que César hizo al pueblo despues de uno de sus triunfos; por ello se juzgará de los Romanos. A cada infante de los veteranos, 409 francos (\$ 81); á cada caballero, 4,910 francos (\$ 982). Muchos recibieron tambien tierras; otros soldados fueron gratificados en la misma proporcion. Tampoco olvidó al pueblo; cada ciudadano tuvo 86 litros de trigo, 10 libras de aceite, 61 francos de dinero (\$ 12) y tambien otros 100 (\$ 20) como interes de aquella liberalidad prometida hacia mucho tiempo. En fin, César pagó un año de arrendamiento á todos los ciudadanos cuya locacion no pasaba de 400 francos (\$ 80) en Roma, y 100 (\$ 20) en Italia. Hizo una distribucion de carne cruda, prolongó durante muchos dias la comida que un triunfador ofrece ordinariamente al pueblo, y en ella trató á toda la ciudad y á sus alrededores, una sola vez en veintidos mil mesas, servidas con tal magnificencia, que se prodigó allí el vino de Falerno por ánforas y el vino de Chio por toneles. 2 A pesar de todas estas liberalidades, puso en los tesoros del impe-

1 Josefo, id., id., c. 18.

2 Suet., in Cæs.; Dio. XLIII, 254; Apian., de Bello civ., lib. II, p. 803; Patereul., II, 36; Tit. Liv. III, 29; Varr. R. R. III, 2; Plutarch.; in Lucull., 76; in Cæs., 71; Plin., lib. XIV, 15.

rio más de ciento veintidos millones.» 1

En presencia de estos hechos prodigiosos, y en pie sobre los lugares mismos que fueron teatro de ellos, dejó pensar á cada uno lo que puede y lo que debe sentir el viajero. El hombre siente oprimido su corazón al seguir paso á paso los largos circuitos de esta vía dolorosa, húmeda con sangre y lágrimas, por donde pasaron sucesivamente los pueblos del Oriente y del Occidente, mutilados, despojados y encadenados al carro triunfal del orgullo y de la crueldad romanas: el cristiano busca una iglesia para ir á expresar todo su reconocimiento al Dios libertador, cuya cruz rompió el cetro de hierro que pesaba sobre el mundo: el hombre, y cristiano, al recuerdo de lo que éramos y de lo que seríamos todavía, no encuentra palabras para calificar á aquellos que en su delirio impío se atreven á ultrajar al cristianismo, al cual debemos todo lo que somos.

27 DE ENERO.

Consistorio público en el Vaticano.—Cinco cardenales más.—Tradicion del sombrero.—Anécdota.—Vuelta al Forum.—Segunda página del triunfo.—Mercado de esclavos.—Suerte de los esclavos entre los Romanos.

Otra fiesta triunfal nos llamaba al Vaticano. Ayer habíamos visto á la antigua Roma exaltando hasta el paroxismo el orgullo de sus triunfadores; hoy nos era dado ver á la Roma cristiana enseñar á sus príncipes la abnegacion y la humildad más completas. En el Capitolio, un esclavo estaba obligado á repetir al vencedor: «Acuérdate que eres hombre.» En el Vaticano, el Vicario de Jesucristo decía á los príncipes nuevamente elegidos:

1 Patercul., II, 56; Appiam. de Bell. civ., 802.

«Acordaos de que debeis consagraros á los hombres vuestros hermanos, hasta la efusion de sangre.» Cinco cardenales, creados algunos dias ántes por Gregorio XVI, recibían hoy el sombrero rojo, signo misterioso de su dignidad. Hé aquí algunos pormenores sobre aquella augusta ceremonia, tan diferente, en su espíritu, de las pompas de la víspera.

El salon ducal del Vaticano estaba magníficamente adornado; en el fondo se levantaba el trono en que estaba sentado el Santo Padre, que tenía á derecha y á izquierda al sacro Colegio; á la entrada de la sala estaban los recién elegidos; asistíamos á un consistorio público. Uno de los protonotarios apostólicos leyó algunas piezas relativas á la beatificacion de un santo, cuyo nombre he olvidado. Acabada la lectura, los recipiendarios vinieron sucesivamente á prosternarse á los piés del soberano Pontífice, quien les abrazó y les puso en la cabeza el sombrero cardenalicio, pronunciando esta notable fórmula: «Recibid este sombrero rojo, signo de la dignidad del cardenato, y que os obliga á consagraros al bien de la Iglesia y de los fieles, hasta la efusion de sangre.» 1 El Santo Padre no hizo mas que poner el sombrero en la cabeza de cada cardenal, y éste lo puso en manos del maestro de ceremonias, pues por la tarde debía llevarseles ese mismo sombrero solemnemente á los príncipes de la Iglesia.

Antes de hablar de esta brillante fiesta, debo agregar que, en un consistorio secreto, el Santo Padre «cierra la boca» á los cardenales que acaba de crear; esto signi-

1 Ad laudem omnipotentis Dei, et sanctæ Sedis Apostolicæ ornamentum, accipe galerum rubrum, insigne singularis dignitatis Cardinalatus, per quod designatur quod usque ad mortem et sanguinis effusionem inclusive pro exaltatione sanctæ fidei, pace, et quiete populi christiani, augmento et statu sacro-santæ romanæ Ecclesiæ te intrepidum exhibere debeas, in nomine Patris, etc.

fica que no tienen todavía voz deliberativa en las asambleas del sacro Colegio; más tarde «les abre la boca», es decir, que despues de haber consultado á los antiguos cardenales, declara á los nuevamente electos, hábiles para votar con sus colegas 1. Noviciado y profesion, útil enseñanza para todos; hé ahí lo que debe verse en esta doble ceremonia. Además, la promocion no es completa sino por la tradicion del anillo y la designacion del título. El cardenal ausente de Roma, debe jurar al recibir el birrete, que se trasladará en el término de un año «ad limina apostolorum», so pena de perder su dignidad 2.

Los cinco cardenales elegidos eran sus Eminencias: Acton, Vanicelle, Corsi, Schwarzenberg, sobrino del generalísimo de las tropas austriacas en 1214, y Monseñor Massimo. Este último pertenece á la familia de los príncipes Massimo, una de las más ilustres de Roma y que pretende descender de «Fábulo Máximo.» Se nos contaba á este propósito la anécdota siguiente: Cuando el emperador de Austria vino á Milan, hace algunos años, á tomar la corona de hierro, el Santo Padre mandó una diputacion á cumplimentarle, y de ella formaba parte el príncipe Massimo, hoy cardenal. Se habia hablado al emperador de la pretension de aquella familia: «Tengo curiosidad, dijo el príncipe, de ver á un descendiente de los antiguos Romanos.» En la audiencia se dirigió á Monseñor Massimo, y le dijo: «Vuestra familia pretende descender de Fábulo Máximo; esta genealogía ¿es cierta?—Todo lo que puedo decir á Vuestra Majestad, respondió el embajador, es que así se cree en Roma hace dos mil años»

1. Aperimus vobis os, tam in collationibus quam in conciliis, atque et electione summi Pontificis, et in omnibus actibus, tum in consistorio quam extra, ad cardinales spectant, et quos soliti sunt exercere, in nomine, etc.

2 Constit. de Sixto V, Postquam, etc.

Mientras el sacro Colegio se dirigía á la capilla Sixtina para cantar el «Te Deum» en accion de gracias, nosotros dejamos el Vaticano. La fisonomía de la ciudad anunciaba la proximidad de una fiesta. En todos los países, al nacimiento de los príncipes, árbitros futuros de los destinos de los pueblos, se hacen grandes rigocijos. Aquí los cardenales son los príncipes de la sangre, y esta tarde nacían cinco! Al «Ave María» hubiérais visto los edificios iluminados, numerosas orquestas delante de los palacios de los nuevos príncipes, un pueblo inmenso en las calles y en las plazas, brillantes carruajes surcando entre la multitud y llevando á los embajadores, á los príncipes, á todo lo que Roma contaba de extranjeros de distincion, hácia la morada de los cardenales, á quienes iban á ofrecer felicitaciones y homenajes. Gracias á Monseñor B... nosotros fuimos de la fiesta, y visitamos sucesivamente á los cinco elegidos del sacro Colegio.

Nada tan brillante como la iluminacion de sus palacios. Los dibujos más variados y graciosos encantaban la vista y hacían creeren algunos encantamientos de la Edad Média. Una escalera verdaderamente real, cubierta con ricos tapices, iluminada por una doble línea de cirios de cuatro piés de altura y de un grueso proporcionado, conducía al «Piano novile», ó primer piso del palacio. Entre dos ileras de lacayos y de suizos de gran librea roja, listada de blanco y azul, y que tenían en la mano cirios gigantescos, se llegaba al umbral de los salones. El cardenal no lleva en ese dia más insignia de su nueva dignidad que el solideo rojo. El resto del traje se compone de una levita negra á la francesa, de un pequeño manteo de seda del mismo color y de la misma longitud que la levita; de un calzón corto y medias negras. El está en la puerta de su habitacion, en pie y con el sombrero en la mano; llegais, os saluda y